

Momentos previos a un Gran Concierto

Por: Sofía Encinales

Edad: 13 años

Colegio Fontán

Pregunta: ¿Cuál era la música de moda hace cien años?

Silencio. ¡Ah, sí! El magnífico y adormecedor silencio de una tranquila y hermosa madrugada de domingo. Me siento en mi silla y miro por la ventana. Afuera, unos pequeños rayos salen por el horizonte. No he dormido mucho. Es veintiocho de noviembre, de mil novecientos nueve.

Abro el libro que tengo en frente mío, y observo ese pequeño montón de partituras. Suspiro. Miro la hora y me tranquilizo un poco: sólo son las cuatro de la mañana. Pero entonces, justo cuando comienzo a adormecerme en aquella silla frente a mi escritorio, abro los ojos de golpe.

En nada más y nada menos que catorce cortas (o muy largas) horas, Damrosch moverá su batuta con su gran estilo, sacudiéndola de un lado para otro, transmitiéndole a ese montón de gente mi Concierto Número Tres para Piano y Orquesta.

Carajo.

Ojeo de nuevo el montón de partituras. Aquellas hojas lisas que leeré hoy, mientras le hago el amor a ese magnífico instrumento, contándole al mundo entero mi vida, mis experiencias, mis amores, mis pasiones, mis odios y mis deseos. En solo un poco menos de... "42 minutos" Suspiro. Miro al frente, y en mis ojos, en mis adormecidos y espantados ojos, nace una pequeña chispa de felicidad, que calma enormemente mis nervios.

No la contaré solo, tengo amigos, amigos que sé que no me fallarán. Amigos músicos, muchos amigos músicos, con su alma portable manifestada de la manera que sea: violinistas, chelistas, violistas, flautistas, percussionistas ¡Todos son mis amigos! Y todos me ayudarán a contar mi historia, me ayudarán a contarla "¡La contarán conmigo!" Grito. Me tapo la boca al instante. Espero no haber despertado a nadie. Miro de nuevo el libro y sonrío: una sonrisa cálida, pero levemente falsa, en la cual se nota una pequeña mueca nerviosa. Sacudo la cabeza. Tengo sueño.

Me levanto dejando el libro sobre la mesa y me recuesto lentamente en mi cama, haciendo que las maderas chirreen suavemente bajo mi cuerpo. Me cobijo y cierro los ojos, y allí, en esa cálida mañana, en medio de la tranquilidad de mi hacienda familiar, me quedo profundamente dormido.

Pasan las horas.

Me despierto de un brinco y lo primero que hago es mirar el reloj. Abro los ojos, espantado. ¡Tres de la tarde! ¡Debo estar en una hora en el teatro! Corro al baño y me lavo rápidamente la cara. Me

pongo un traje y salgo disparado. Bajo las escaleras y me preparo un café. Empaco un emparedado y salgo de la casa.

Durante el camino, los ruidos infernales de la vida cotidiana hacen que mi corazón lata mil y un veces por minuto, a punto de estallarse. Cada uno de esos ruiditos aumentan en gran cantidad mis nervios, amenazando mi concierto, y de paso, mi vida.

En una esquina por ejemplo, veo a un montón de gente bailando "*The Entertainer*" por Joplin.

Esa maldita composición que me ha acechado todos estos años, que todos, sin excepción, bailan alegremente en las fiestas. Esto me trae recuerdos; cada uno de los miserables intentos de componer en año nuevo, manchados en tinta por la frustración al no poder hacerlo, porque en mi casa, en el primer piso, hay un montón de gente bailando eso, acompañados de un imbécil que se sienta en mi piano a tocar esa absurda melodía.

A veces hasta he llegado a pensar que solo lo hacen por fastidiarme.

En seguida escucho, proveniente de una tienda, un desafinado vendedor cantando "*Give My Regards to Broadway*" y entonces pienso lo absolutamente perdida que está la gente de esta época, y lo hermoso que hubiera sido el haber vivido en el Barroco.

Un poco más adelante, solo logro escuchar pitos y sirenas. Y lo único que logro sentir, aparte de la gran cantidad de nervios, es un verdadero dolor de cabeza. Entonces, a lo lejos, escucho un montón de gente gritando la letra de una canción, y claro, cantan nada más y nada menos que la peor de todas: "*Under the Unheuser Bush*". Cierro la ventana.

"Estamos arruinados" me digo a mí mismo, y sigo conduciendo. A lo lejos veo el teatro y sonrío con ganas de estar en ese templo lo antes posible. Llego allí a las tres y cincuenta. Me como el emparedado antes de bajarme de mi auto y entro en el teatro.

Me encuentro en medio de una espesa oscuridad. Amo esta parte... ¡Prendo las luces! Todo se enciende en orden ascendente. Corro a la mitad del escenario y comienza: primero (¡Tas!), segundo (me siento en el piano), tercero (la adrenalina se apodera de mí), cuarto (comienzo a tocar).

Me imagino a mí mismo como lo estaré en un par de horas. Cierro los ojos y toco cinco segundos antes de que oiga una puerta abriéndose. Mi hermoso sueño, el más fantástico que he tenido en los últimos años, desde que toqué mi Concierto No 2, se desvanece en menos de un segundo.

Entra el primer músico y me saluda formalmente. Las siguientes horas las paso saludando gente y conversando.

Por fin llega el momento. El público comienza a entrar en el escenario, y siento un cosquilleo alucinante en todo mi cuerpo.

El primer timbre suena una única vez "En sus marcas" me digo a mí mismo, mientras leo en el programa de mano aquel gran título "*Concerto No3 en D minor*".

El segundo timbre suena dos veces, "listos" susurro, mientras observo detenidamente la imagen del piano a pocos metros de mí, como si ambos estuviéramos separados por una capa de vidrio, que pronto se haría pedazos, y así me podría sentar a tocar en él.

El tercer timbre suena tres veces, "Fuera" digo, poniéndome de pie, rompiendo la barrera, caminando hacia el piano. La gente se calla. Las luces me dan en la cara y una oleada de aplausos me dan la bienvenida a lo más cercano que puede haber al cielo en este mundo. Doy la venia y me siento en el piano.

Miro al frente. Observo detenidamente el título de mis partituras "*Concerto No 3 en D minor*" y abajo, a la derecha, el nombre del compositor "Sergei Rachmaninoff"... Mi nombre. Cierro los ojos y pongo las manos sobre el piano. Contemplo el silencio menos de diez segundos y respiro hondo.

El director da la orden y los instrumentos comienzan a sonar. Cierro los ojos con más fuerza. Más, más. Oigo mi entrada. Pongo el pie sobre el pedal. Los aprieto más, más, más.

Necesito descargar la energía, ¡Ya! Comienzo a tocar.